



# ASAMBLEA DE LA FEDERACIÓN DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS.

San Lorenzo de El Escorial, 30 de octubre de 2015  
Discurso inaugural

Queridos hermanos:

Os transmito un saludo cordial y fraterno de parte del Prior General, P. Alejandro Moral y de todos los miembros del Consejo General, que siguen de cerca no solo la marcha de esta Asamblea, sino todo el desarrollo del proceso de renovación iniciado en España.

Vivimos un momento histórico. Somos protagonistas de un tiempo de gracia y de una posibilidad de esperanza. Dios habla a través de las mediaciones, también a través de los acontecimientos, por eso debemos discernir los signos de los tiempos para entender su voz y responder a su llamada.

Podemos considerar esta Asamblea que iniciamos desde un punto de vista administrativo, circunstancial o incluso de mera subsistencia. Quedarnos en ello sería reducirnos a una perspectiva limitada y, por tanto, errónea. No se trata de buscar un *“ars non moriendi”*, sino un *“innovatus modus vivendi”*. El documento *Don y tarea* es muy claro al respecto: *“La vida religiosa debiera situarse a la cabeza de quienes vislumbran y defienden el horizonte utópico de la solidaridad y sueñan con un proyecto que se aleja tanto de cualquier ingenuo optimismo como de la penosa tentación del catastrofismo”*. Cierto que hay dificultades, pero *“también las dificultades y los interrogantes que hoy vivimos pueden ser portadores de un nuevo kairós, un tiempo de gracia. En ellos se oculta una auténtica llamada del Espíritu a redescubrir las riquezas y las potencialidades de la vida religiosa agustiniana, su frescura y actualidad”* (*Don y tarea*, p. 11).



Vista de la Asamblea.

## 1. Tres pilares

Estamos recorriendo un camino de renovación y esperanza, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II: *“La adecuada renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos”* (*Perfectae Caritatis*, 2). Se trata, pues, de revitalizar nuestra identidad agustiniana en esta época que nos ha tocado vivir (un mundo lleno de retos y de posibilidades) para compartir y transmitir la alegría del Evangelio. No se trata tanto de unir Provincias, sino de crear una Provincia nueva. No debemos confundir el medio con el fin. La perspectiva debe ser gozosa, creativa, profundamente ilusionante (cf. *Don y tarea*, p. 11).

Somos protagonistas de este proceso renovador, no meros espectadores resignados y pasivos. Y nos situamos en la perspectiva de Dios, porque este acontecimiento debe leerse e interpretarse siempre en clave religiosa. Es una respuesta a una llamada. No somos políticos que trazan estrategias, ni leguleyos que redactan leyes y normativas autorreferenciales, ni activistas o trabajadores que buscan un modo de vida con el que satisfacer las propias necesidades. Somos religiosos, que procuramos vivir con entusiasmo nuestra vocación agustiniana en un tiempo concreto. Esto nos lleva a incidir en tres aspectos:

a. *Dimensión religiosa*. Dar a Cristo la absoluta prioridad. Si fuera así desaparecerían esas tres lacras que oscurecen las relaciones humanas y que inciden especialmente en la vida religiosa: la envidia (ver al hermano como un contendiente), el rencor (fossilizarse en el pasado) y el egoísmo (un amor enfermo y cerrado en uno mismo). Lacras, todas ellas, que conllevan unas tristes manifestaciones: la murmuración, la intolerancia, el recelo y, en definitiva, la insatisfacción. El fracaso de la propia existencia. Por eso resulta imprescindible recuperar y promover una sólida y bien fundamentada perspectiva religiosa, poner a Cristo como centro y referente. Tenemos el ejemplo de san Agustín: la búsqueda no es solo un ejercicio intelectual, sino sobre



todo un hábito espiritual: búsqueda como desarrollo de los valores evangélicos, como profundización en el carisma y como renovación existencial.

b. *Sentido de Orden.* Optar por una perspectiva más amplia, a nivel de Orden de San Agustín, sin duda abre la mente y dilata el corazón y nos ayuda a superar los estrechos límites del provincianismo, del localismo, del individualismo egoísta y estrecho, tan poco atractivo desde una perspectiva vocacional. Profesamos para la Orden. Toda la Orden es nuestra familia, a la que aportamos los valores de la propia identidad, los dones que, puestos a disposición, enriquecen el conjunto. Por eso no tengamos miedo a que se diluyan las peculiaridades y características que marcan la identidad y enriquecen a la Iglesia. En este sentido, la nueva Provincia seguirá abierta a las necesidades de la Iglesia, procurando servirla del mejor modo en los apostolados que se nos soliciten (la educación, la actividad parroquial, el apostolado de la cultura, el servicio social) y seguirá teniendo una fuerte dimensión misionera, ayudando a crear nuevas circunscripciones y ampliar los horizontes de la familia agustiniana.

c. *Apertura al mundo.* Vivimos un momento histórico particular donde se quiebran los espejismos y se desmoronan construcciones que parecían inmovibles. La sociedad ha evolucionado rapidísima y profundamente, pero tal vez no hemos sabido caminar al mismo ritmo para dar una respuesta. Y surge la amenaza del miedo a un presente adverso; ante las amenazas y ataques del laicismo agresivo aparece la tentación del gueto: enquistarnos, encerrarnos en una fortaleza asediada por enemigos de los que defenderse. Esta es una perspectiva equivocada que nos puede llevar a convertirnos en una especie de secta marginal. Por eso es necesario abrir las puertas, “sentir” con el mundo. No podemos cruzarnos de brazos ni solo lamentarnos; se impone una revisión de presencias, que incida sobre todo en el modo. Es decir, en el cómo, que brota del porqué y que se concreta en el dónde.

## 2. La necesaria renovación

El proceso para la creación de la nueva Provincia en España quiere responder a estos retos. Busca ser un proceso ilusionante, un momento de crisis, entendida en el sentido fuerte del término, como elección o discernimiento que nos lleva a cambios profundos, a una conversión fundamentada en el Evangelio mismo. En la historia de nuestra Orden han existido momentos así, de renovación esencial, de avance, de crecimiento: en los

orígenes del siglo XIII, en el siglo XVI o a finales del siglo XIX y principios del XX hubo hermanos que se abrieron al Espíritu e impidieron que la vida religiosa agustiniana se cubriera de arena y polvo. Y hoy agradecemos sus iniciativas, las rachas de espíritu profético, sus vivencias religiosas de evidente calidad. Y sus opciones. Con pleno convencimiento os digo que debe desaparecer el miedo al cambio, al dinamismo renovador del Espíritu de Dios. Y os pido confianza. Es posible y deseable un nuevo florecer, una opción decidida hacia una renovación que configure nuestro futuro: el nuestro, el de todos (*anima una et cor unum in Deum*).

Si queremos mirar adelante no es para soñar sueños vacíos, ni para abandonarnos a un recuerdo teñido de nostalgia de lo que pudo ser y no fue, sino para hacer propuestas llenas de vida. El papa nos ha repetido que tenemos derecho a soñar de nuevo y, además, a hacerlo con alegría (cf. *Evangelii gaudium*). Ser agustinos alegres, valientes, felices. Las actitudes que nacen de la comodidad o del miedo pero no del Evangelio generan desilusión y ciertamente fracaso, por eso necesitamos recuperar un espíritu de autenticidad, libre de la fijación de lo aparente, necesitamos optar por la perspectiva de la victoria del Evangelio más que por la de la precaución prudente pero estéril. Necesitamos profetas y santos. Hombres libres y generosos, que sepan arriesgar y que sepan amar. Hombres que respondan a la vocación donando de verdad y totalmente la propia vida. *Obediencia y paz*, como era el lema de san Juan XXIII.

Propongo varios acentos a tener en cuenta en el proceso hacia la creación de la nueva Provincia:

a. Recuperar el liderazgo social: salir, evangelizar, tomar la iniciativa, dar respuesta (la respuesta de Cristo) a las necesidades del mundo actual. Revisar nuestras actividades desde un criterio evangelizador.

b. Ser presencia cultural viva, una fuerza creadora en el mundo del pensamiento, continuando la línea de la mejor tradición agustiniana: necesitamos seguir preparando religiosos que puedan aportar luz y que generen cultura.

c. Impulsar la vida comunitaria y los mecanismos de participación, evitando la inhibición cómoda de algunos, la resignación de otros o la pasividad resultante de remitir toda la responsabilidad a una élite o a un grupo, por valioso y generoso que este sea. Los mecanismos de participación deben ser potenciados y desarrollados.

d. Escuchar más a los jóvenes. No se trata de descargar toda la responsabilidad sobre ellos, ni mucho menos de excluir a otros grupos de edad. Sino de es-



*PP. Luis Marín y Domingo Amigo, presidiendo la Asamblea.*

cucharles más y de promover mayores cauces para el compromiso concreto, en la perspectiva de un futuro que, en principio, les pertenecerá durante más tiempo.

e. Sentir con la Iglesia, escuchar su voz, sus indicaciones y sus necesidades, dialogar con otros institutos y otros grupos eclesiales. Participar con decisión en las estructuras diocesanas e intercongregacionales. Para ello necesitamos humildad (no lo sabemos todo, ni lo tenemos todo) –la soberbia es siempre estéril– y disponibilidad (nos enriquecemos mutuamente en el intercambio).

f. Revisar los medios que nos ayudan a vivir con fuerza nuestra vocación agustiniana y a llevar a cabo, desde ella, nuestro servicio a la Iglesia. Sin miedo a buscar caminos nuevos y a cambiar las estructuras que deban cambiarse.

g. Desarrollar nuestra hoja de ruta desde una perspectiva optimista y creativa, asumiendo riesgos. No basta ya repetir las viejas recetas, que perdieron su fuerza porque respondían a otros tiempos; no es suficiente poner parches, intentar solucionar las vías de agua, cada vez más grandes, movernos al ritmo de los problemas, de las carencias o de las necesidades. Se trata de coherencia, de convencimiento y, en definitiva, de vida. Porque la opción es por la vida, siempre por la vida. Ciertamente la oportunidad que tenemos es única.

### 3. La Federación

Al iniciar esta nueva etapa, quiero expresar el profundo agradecimiento del Prior General y su Consejo especialmente a los hermanos que han formado parte de las estructuras de la UPE: a su presidente, P. Miguel Ángel Orcasitas, a los Priors Provinciales, a los secretarios, a los miembros de las Comisiones y de los Secre-

tariados y también a los Consejos Provinciales. Gracias por vuestra generosidad y entrega. Seguimos adelante en una nueva etapa, colaborando todos, aportando todos lo mejor de nosotros mismos.

La clave de la Federación que ahora comienza es la de ir asumiendo responsabilidades de forma progresiva. Se irán traspasando áreas desde las Provincias al Consejo de la Federación hasta culminar el proceso: cuando la Federación tenga todas las competencias. Por eso resulta imprescindible el cambio de mentalidad que antes os indicaba: pensar en los agustinos en España como un todo, como una única Provincia. Así los actuales Provinciales, que formarán parte del Consejo de la Federación, serán, en la práctica, cada vez menos Provinciales y cada vez más Consejeros de la Federación. Se requerirá mucha generosidad, decisión y amor a la Orden. Os lo agradezco de antemano.

No hay una fecha fija para la creación jurídica de la nueva Provincia. Dependerá de la marcha del proceso, que debe ser ágil y sólido. La voluntad común, varias veces expresada, es que logremos hacerlo cuanto antes, sin aceleraciones inconsistentes, pero sin parsimonias paralizantes. Antes del Capítulo General de 2019 evaluaremos la marcha del proceso. Esperemos que para entonces todo se haya llevado a buen ritmo y se hayan tomado las oportunas decisiones.

Para coordinar esta tarea vamos a elegir a un Presidente. Y lo haremos desde la oración y la reflexión personal, pidiendo al Espíritu que nos ilumine para discernir, sin resignarnos a lo de siempre, sino buscando ante todo el bien común. Estoy seguro de que el presidente, sea quien sea, creará en este proceso de esperanza, en sus enormes posibilidades; dialogará con todos, escuchando desde la cercanía, implicando a los más posibles; tomará decisiones desde la serenidad, ejerciendo el gobierno desde la corresponsabilidad, entendiéndolo siempre como servicio; y sabrá arriesgar y dinamizar, comunicando ilusión y entusiasmo. La profunda alegría de ser agustino. Ciertamente no estará solo, sino ayudado por todos los hermanos en lo que es tarea de todos. Y, sin duda, cuenta desde el primer momento con el respaldo del Consejo General.

Al constituir la Federación de las Provincias Españolas, pedimos al Señor que suscite entre nosotros hermanos dotados de lucidez a la altura de las circunstancias, de coraje para las opciones, de entusiasmo en la vivencia de la vocación y de humildad para escuchar, discernir y servir.

**P. Luis Marín de San Martín, OSA**  
Asistente General